

La mirada fugaz

Otro lunes. Las agujas del reloj de la estación me golpean la memoria e indican que es hora de subirme al autobús. Un número de tres cifras y dos lugares que se alternan en el rótulo me señalan cual es el mío. Como todos los días a esa hora, la fila se compone de jóvenes con auriculares y una carpeta bajo el brazo, mujeres con cestas de la compra, y hombres que se dividen entre los que llevan traje y corbata, y aquellos que visten una vieja camisa barata.

Cada uno con su vida, sus mil preocupaciones, y sus prisas por volver a casa y ser sustituidos por la tropa de personas que eligen el turno de tarde para producir su vida.

Conozco a todos, al igual que ellos a mí. Sin embargo, apenas he cruzado algunas palabras con ellos. Son personas que solo se graban en mis pupilas. Puede que les llame la atención que siempre sea de los primeros en subir al autobús, pero tampoco lo creo con firmeza.

Intento estar cada lunes, miércoles y viernes, media hora antes de que aparque en el andén 16. Mi cuerpo y el banco de la estación ya empiezan a conocerse. Mi intención no es más que ocupar el pasillo derecho del autobús y sentarme en el asiento de la ventanilla. No se me puede escapar. Si así fuera, el gasto del viaje en autobús sería mucho más caro para mí de lo que recoge el ticket del bonobús. No tendría sentido el viaje si yo no logro escoger ese asiento.

El sentido de mi viaje apenas dura unos minutos de los muchos, de ida y de vuelta, en que se extiende el trayecto.

Así lleva siéndolo desde los últimos ocho meses. Concretamente desde que un juez dictaminó que el amor de un padre a un hijo se convalida con dos horas los martes, dos horas los jueves, y un fin de semana al mes. Qué injusticia. Qué impotencia. Un precio demasiado elevado para mí, y para él, el que se debe pagar con la única razón de que el amor entre su madre y yo se apagara después de siete años.

Allí dentro, entre el rumor de las canciones de los Rolling Stones que lleva un chico, las conversaciones por teléfono, las habladurías de las mujeres, y la conversación cotidiana entre el chófer y el hombre mayor que siempre se sienta en el primer asiento, paso cada día frente al colegio de mi hijo con la única ilusión de verlo, sin que él lo sepa, salir de allí.

Son escasos diez segundos. Hay días que no coincide el paso del autobús con su salida. Hay días en que desconozco que se encuentra enfermo y que no ha asistido. Sin embargo, alivia mi pesar. Una simple mirada, no recíproca, reduce

mi sed de verlo. El resto del trayecto imagino cómo será el tiempo que estaré con él.

Este autobús. Esta línea. Este horario. Me dan ganas de seguir luchando.

Lucio Grifaldi